

agua del Océano Índico, que afluye en el Mar Rojo, se encuentra aquí estrechado dentro de una especie de canal demasiado angosto. De donde, por una razón física, resulta que el flujo y reflujo de las aguas viene á hacerse extremadamente sensible, á causa de la misma estrechez de este mar. No de otra manera en los vasos capilares se efectúa de modo tan notable el aumento ó disminución del nivel del líquido interior, causado por una gota de mas ó de menos, ó por la expansión causada por el calórico; observación que sirve de base al sabio sistema de los termómetros. En todo caso, los ingleses pueden dar testimonio con los gigantescos muelles y malecones de su mejor puerto, de que la marea de Liverpool no le va en zaga á la del Mar Rojo.

La explicación á que aludo, es buena tal vez para quien no conoce este mar sino de nombre. Pero yo que lo he visto, así como su flujo y reflujo tan famosos, doy testimonio de que, en el máximun de su descenso, queda entre Asia y África el verdadero mar, con su abismo correspondiente.

Por otra parte, cuando los hebreos pasaron por un camino seco en medio del mar, no se retiraron las aguas, sino que «se dividieron, quedando como un muro á diestra y siniestra.» Ahora queda á los físicos explicar «físicamente,» cómo las aguas, elemento por excelencia movedizo, y que tiende á ponerse en equilibrio, pudieron quedar suspensas como sólidas murallas por ambos lados del camino. Si se niega este hecho, no hay razón para creer que el paso de los hebreos por el mar es cosa cierta, y es absurdo por lo mismo buscarle explicaciones, por «físicas» que sean. Porque es ilógico admitir la autoridad del libro de Moisés en un punto y desecharla en otro. Hombres de ciencia que ayer no existiais, ¿os atreveis á negar á Dios la potencia de suspender las aguas? ¡Y sin embargo, haberos sacado de la nada, fué obra mas difícil!

La razón moderna ha jurado guerra á muerte á los milagros, y trata de explicarlo todo por medio de la naturaleza; y cuando redu-

cida á sus últimos atrincheramientos reconoce su impotencia para hallar el por qué de una maravilla, la niega, como si pudiese destruirla, con negarla. Es la espada de Alexandro rompiendo el nudo que no puede desatar. El desconocimiento de la acción directa de Dios en los acontecimientos del mundo, es la rebelión de la criatura contra el Criador, es la repercusión del grito insensato de Luzbel que nada quiere admitir que superior le sea, y se siente herido en su loca soberbia cuando se le dice: «¿quién como Dios?»—

A las doce salimos Fortunato y yo del hotel nuevamente. A la orilla del mar tomamos unos asnos, y montando sobre ellos nos dirigimos al puerto de Suez. El puerto está unido á la población por medio de un terraplen angosto, que tiene mas de una milla de largo. Por esta tira de tierra van los rieles de un camino de fierro, que se extiende hasta el borde del «dock de carena.» Cuando llegué al puerto, me sentí sorprendido al mirar que allí la tierra firme se ensancha en forma de cuadrilongo de dimensiones bastante considerables. Esta especie de península ha sido formada en su mayor parte por el trabajo del hombre, pues antes no existia aquí sino un banco cenagoso, que quedaba á descubierto cuando bajaba la marea, y oculto cuando subia. En esta península artificial, que á trechos amenaza hundirse abriéndose el suelo en profundas grietas, hay ya un caserío bastante considerable. Es posible que andando el tiempo, el pueblo entero de Suez venga á trasladarse á este débil suelo, que puede ser fácilmente aumentado hácia el oeste.

Frente al puerto, y partiendo de la ribera de Asia, se desprende con dirección á Suez una gigantesca escollera, destinada á contener el ímpetu del mar en defensa de la entrada del canal. La rada se extiende al poniente, encerrada entre las riberas africanas y la lengua de tierra que une el puerto á la población de Suez. La península contiene lo siguiente: Al sur, un espacioso «dock» de carena, obra de Mr. Eleazar Dussaud, construido en 1866, y que valió á su autor el grado de bey de parte del Khédive, y la cruz de

la legion de honor de parte del gobierno frances. Junto al «dock» y á la extremidad oeste de la península, hay otro no menos grande, aunque no tan bien construido. El tren del camino de fierro viene á detenerse en medio de estos dos sitios de seguridad para las embarcaciones, y las mercancías son trasportadas con suma facilidad de los wagones á los buques, sin mas trabajo que el de llevarlas rodando corto trecho.

A la extremidad norte de la península se encuentra la dársena de la compañía, que es asimismo una construccion magnífica.

Mirase desde aquí la entrada del canal marítimo, y boyas colocadas en el agua de trecho en trecho, anuncian cuál es su direccion. Frente á la dársena se encuentra el campamento de la cuarentena, colocado en una ensenada. Al oriente se perciben las formas indecisas de las montañas de Siria. Al poniente está el canal de agua dulce, y la poblacion de Suez se agrupa al pié del monte de Attaka. Al sureste se extiende el desierto de Asia que cruzaron los hebreos.

Dos horas pasé visitando el puerto. Indecible complacencia experimentaba al mirarme en estos sitios. Mi vista se sumergia en las profundidades del lejano horizonte, adonde iban á confundirse con el cielo las aguas del golfo Heroopolites. Pensaba en las grandezas de la antigüedad y en la histórica celebridad del Mar Rojo en medio de cuyas aguas me encontraba.

Egipto ha sido en todos tiempos comerciante. Su feliz posicion en medio de dos mares lo ha impulsado naturalmente por este camino. Los Faraones lo comprendieron los primeros, y los numerosos canales que ellos abrieron en el país en todas direcciones, tenían el doble objeto de establecer cómodas comunicaciones interiores, y facilitar el transporte de los productos egipcios á los puertos marítimos.

Danao llevó á la Grecia todavía bárbara, el arte de la navegacion y el comercio. Algun tiempo despues, Sesostris su hermano, pártete con dos ejércitos á conquistar el Asia. Mientras este príncipe somete

esa parte del mundo, su flota se apodera de los puertos del golfo Arábigo y penetra en el Océano Índico. De esa época remota data el establecimiento del comercio egipcio.

Bajo el reinado de Neco, los egipcios armaron una flota en Suez, y dieron la vuelta al continente africano; solo que los tres años invertidos en este viaje, y los muchos peligros inherentes á él, los determinaron á no aprovecharse de la nueva ruta, y á limitarse á la navegacion del Mediterráneo y el oceano Índico. En este momento, la marina de Egipto fué la mas poderosa de la tierra, y este país el mas comerciante del mundo.

En esas épocas atrasadas, el hambre solia asolar frecuentemente á las naciones, y á Egipto venian las flotas á abastecerse de los artículos indispensables para la vida. Hé aquí la razon por qué desde muy antiguo se ha dado á este país el nombre de granero del mundo.

Bajo los persas languideció el comercio egipcio; pero se despertó en tiempo de los Tolomeos, que hicieron de la brillante Alexandria el emporio del orbe.

Sometido Egipto al yugo romano, los señores del universo se apoderaron de su comercio, y en gran parte con él se enriquecieron. Ellos llevaron á Roma por el Mar Rojo, las perlas, los diamantes y las telas de algodón y seda de los países orientales. Augusto fué el primer romano que se engalanó con estas telas.

Los califas dejaron languidecer el comercio egipcio, porque el celo de los primeros mahometanos veia con horror la Europa, tierra de cristianos. Así que, la navegacion no se extendió hasta el Mediterráneo, sino que permaneció encerrada dentro de las playas del Mar Bermejo.

Los venecianos y genoveses vinieron entonces á reemplazar á los egipcios en el comercio de las Indias, llegando á hacerlo en tan vasta escala, que ellos abastecian á la Europa entera con los productos del Asia y el África.

Tocaba la negociante Venecia el mas alto punto de su gloria, cuan-

do el portugués Vasco de Gama descubrió un nuevo camino para ir á las Indias, por el famoso cabo de las Tempestades. Este descubrimiento inflamó la imaginación de las naciones europeas, y españoles, franceses é ingleses, quisieron, á imitación del Portugal, tener una marina que los pusiese en situación de tomar parte en los descubrimientos, y sacar de allí las inmensas riquezas con que soñaban.

Este fué el tiempo de la decadencia de Venecia, que debió su engrandecimiento á Egipto, y su ruina al cabo de Buena Esperanza.

En tiempo de los mamelucos, el comercio decayó en Egipto de tal suerte, que se vió reducido á algunas expediciones anuales á Moka, donde los buques egipcios se cargaban de café, perfumes de Arabia, perlas, muselinas y telas de Bengala.

A Mohammed-Alí estaba reservada la gloria de levantar nuevamente á grande altura el comercio de este país. Este príncipe sabio, abriendo los puertos egipcios al comercio extranjero, y acogiendo con entusiasmo á los europeos en sus estados, consiguió bien pronto hacer renacer en ellos el tráfico mercantil y la riqueza.

La Europa viene á buscar á Egipto el arroz, la sal amoniaco, la soda, el lino y el algodón. Despues de la guerra de los Estados- Unidos, ha subido mucho el valor de este último artículo, que es actualmente uno de los principales ramos de la industria egipcia.

Pero en ningun tiempo ni en época ninguna llegó á alcanzar el Egipto el alto grado de importancia comercial que ahora toca. El canal de Suez ha venido á hacer de este país, el punto de union del gran comercio oriental y occidental. Las naves que vienen del Levante ó del Ocaso, al pasar por este país dejan en él un reguero de riquezas. Ya no se sigue la ruta descubierta por Vasco de Gama, y la tierra de los Faraones, cruzada constantemente por numerosas naves, agitada siempre con uno de los mas importantes comercios del mundo, no puede menos de prosperar y civilizarse.—

A las dos de la tarde dejamos el puerto y nos encaminamos á Suez, no ya sobre humildes asnos, sino en los magníficos trenes del camino

de fierro. Hacia un calor espantoso. Mi primer pensamiento al llegar al pueblo, fué beber un vaso de agua. Me acerqué á la primera choza del tránsito, y pedí á una pobre mujer que estaba en la puerta:

— «Moye» (agua).

Y ella me la trajo en el acto con muy buena gracia. Bebí aquella agua fresca con suma delicia, y volví el vaso á la mujer, expresándole mi reconocimiento.

Verdaderamente, pensaba yo en aquel instante, los trabajos de la compañía del canal, han cambiado en gran parte el modo de sér del Egipto. Sin contar con que la union material entre Asia y África ha quedado rota, y con la energía que las locomotoras han dado á la vida del país; las canalizaciones del Nilo hácia el Oriente han venido á fertilizar tierras, y á hacer desaparecer de ellas la terrible sed que les alejaba la poblacion, y las tenia convertidas en lugares de tormento.

En efecto, hace veinte años todavía, Suez era un villorrio miserable, cuyas habitaciones apenas se elevaban de la arena. Tres ó cuatro mezquitas de triste aspecto, y la casa donde se alojó el primer Napoleon, eran su mejor adorno, sin que contuviesen cosa notable. Encajonada la poblacion entre las arenas y el mar, parecia estar siempre agobiada por el calor y cegada por el khamsin; al paso que su miserable puerto no era mas que la playa pantanosa del golfo.

A falta de agua potable en la ciudad ó sus inmediaciones, la fuente mas cercana era la de Moisés. El Khédive hacia el comercio del agua, y algunos cuantos camellos traian diariamente á Suez algunos pellejos llenos del agua apenas potable del bíblico manantial. El virey ganaba mucho con este comercio, pues el cubo de agua era vendido á sesenta centavos. De suerte que el virey no se tomaba grande empeño en mitigar la sed de su leal pueblo de Suez, puesto que su industria consistia exactamente en mantenerlo sediento.

Por fortuna vino el ferrocarril á poner el Cairo en comunicacion con Suez. Trenes expresos cargados de agua dulce, fueron organi-

zados para este desgraciado pueblo. Desde entonces desfalleció la industria del «pashá,» y el agua fué mejor y mas barata.

Actualmente, el canal de agua dulce que viene de Ismailia, atraviesa por las calles de Suez. La ciudad se ha regocijado y aun parece haberse retirado del Desierto. Y en efecto, el agua alejará el Desierto de Suez dia por dia. Hay árboles y alguna vegetacion en el pueblo, cosa que era antes enteramente desconocida; la poblacion de Suez se centuplica, y la ciudad prospera.

Es raro que este puerto, célebre en tiempo de los romanos, haya estado desprovisto de agua potable, cuando todo el empeño de los señores del orbe, en cuanto á lo material, era el de dotar á las poblaciones de magníficos acueductos.

A pesar de todo, la vida es muy penosa en Suez durante el verano. Colocada esta poblacion en una llanura árida, y teniendo el Desierto á la espalda, sopla en ella con frecuencia el terrible khamsin. La oftalmia hace grandes estragos en sus habitantes, enfermedad que por otra parte es muy comun en Egipto. El Desierto tiene la terrible virtud de hacer ciegos. Por esta razon en la Escritura se habla tanto de ellos, pues en Palestina como en Egipto, el sol, la ardiente arena del Desierto, y el rocío nocturno cargado de sales, destruyen la facultad visual de los ojos.

A pesar de estos inconvenientes, la ventajosa posicion de Suez al fin del canal, y á las puertas del Mar Rojo, lo harán bien pronto engrandecerse. No está lejano el dia en que este puerto venga á ser tan famoso como lo fué en tiempo de los Tolomeos, bajo los nombres de Arsinoé y Cleopatra. Entonces alcanzó gran prosperidad, porque en su puerto desembocaba el célebre canal comenzado por Neco y terminado por Tolomeo Filadelfo, que puso en comunicacion los dos mares, por medio del Nilo. El canal de Mr. de Lesseps, obra maravillosa y mucho mas perfecta que la de Neco, traerá á Suez grandeza y gloria incomparablemente mas altas que las de la antigüedad.—

Al regresar al hotel de Francia, visité el bazar, y me detuve en una plaza, donde habia gran concurrencia. Multitud de camellos eran aliviados de sus cargas que contenian trigo, cebada y sésamo. Los barberos rapaban la cabeza á sus parroquianos en pleno aire. Reinaba grande animacion por todas partes. Y es que me encontraba en el bazar de los granos, que es el mas hermoso mercado de Suez, con su maciza puerta de entrada de arquitectura moruna, y los altos minaretes que la dominan.

Iba á dejar ya este sitio, cuando oí sonar al otro extremo de la plaza rumor de música. Diríjeme allá, y tuve ocasion de presenciar un baile bajo la bóveda del cielo, como los que se ven en Nápoles á la orilla del golfo.

Dos negros sentados sobre unas piedras hacian sonar con discordante estrépito un pito y un pandero. Cuatro hombres delante de ellos hacian con el cuerpo movimientos acompasados, sonando las manos y prorumpiendo en gritos guturales. Una multitud de «fellahs» y de mujeres, sentados en el suelo alrededor del cuerpo de baile, asistian silenciosos á aquel raptó de regocijo inmotivado.

De pronto, tres de las mujeres que presenciaban la escena, se pusieron de pié y se mezclaron al grupo de danzantes. Eran jóvenes, vestian de azul y tenian la cara descubierta. Levantaron en alto los brazos formando arco, echaron atrás la cabeza, entrecerraron voluptuosamente los ojos y sonrieron con dulzura. Los circunstantes prorumpieron en un prolongado «¡aaaah!» de aprobacion y entusiasmo.

Las bailarinas comenzaron á hacer contorsiones con el cuerpo, sin levantar los piés del suelo, y sonando los dedos á guisa de castañuelas. Se confundian, se acercaban los rostros, se volvian las espaldas y se separaban resbalando la planta con suavidad sobre el pavimento, y en seguida se reunian yendo las unas al encuentro de las otras. Y á compás con sus movimientos sonaban chocando sus brazaletes y las argollas de plata que ceñian sus tobillos.

Escena singular que me pareció una evocación del mundo antiguo. Hay en esta danza una delicia, una voluptuosidad, un abandono, que no son de estos tiempos; pertenecen á ese gigante pasado en que se realizaron los acontecimientos mas grandes de la historia, y se levantaron los mas soberbios monumentos que con su inmensa pesadumbre han oprimido la tierra.

CAPITULO XV

ISMAILIA.

Febrero 6 de 1873.

A las siete de la mañana salimos de Suez Fortunato y yo en el tren del Cairo con destino á Ismailia. De buena gana habria querido hacer este viaje por agua para atravesar la parte del canal que separa el puerto del Mar Rojo del que se asienta al borde del lago Timsah; pero desgraciadamente por aquellos dias estaban suspensos los vapores-correos que hacen el trayecto entre Suez é Ismailia. Para cruzar por agua este camino, hubiera necesitado esperar muchos dias hasta la llegada del buque procedente de las Indias, y como mi tiempo estaba bien medido para salir de Puerto-Said el ocho, me ví precisado á emprender la marcha desde luego. Mucho sentí no conocer los Lagos Amargos; pero hube de doblegarme á la dura ley de la necesidad, á pesar de mi sentimiento.

Vino con nosotros tambien el frances Silva, que regresaba á Ismailia, despues de arreglados los negocios que lo habian llevado á Suez.

En un departamento del wagon contiguo al nuestro, venia asimismo el bey de Suez, que Silva me mostró. Era un renegado italiano